

# La democracia como cimiento y estructura

Los uruguayos oyeron con orgullo el discurso de su Presidente. Sintieron satisfacción porque una atención inusualmente difundida estuviera posada sobre nuestro país precisamente cuando los representaba alguien que exhibía elocuencia, sinceridad y aplomo en grado superlativo. Los más memoriosos se preguntaban quién lo había hecho antes con igual solvencia. Todos pudieron encontrar legítimos motivos de gratificación en que era el mandatario de los orientales, y no el líder colorado, quien les dirigía la palabra; en que las promesas fáciles estaban conspicuamente ausentes del mensaje; en que la empresa de recuperación que se les anunciaba era presentada como la ardua tarea colectiva de un país, no como la dádiva a procurarse mágicamente por un gobierno. La tranquilidad debió invadirles cuando tuvieron pruebas concluyentes de que ninguna de las experiencias que el pasado próximo ofrecía habían pasado desapercibidas a quien asumía la responsabilidad de conducir las durante el próximo quinquenio.

Todo ello es importante. El Presidente Sanguinetti había probado tres cosas invalorable: lucidez, auténtica vocación de liderazgo, y posesión de las artes de la comunicación indispensables a una conducción política eficaz. En una palabra, los títulos más saneados para sentarse en el sillón presidencial. Del resto, de su capacidad de llevar todas esas cualidades a su culminación en los hechos, de ser, en una palabra, un auténtico estadista, sólo podrá juzgar la historia después del examen que le tomará en el lustro por venir.

Con todo, con ser todo ello trascendental, es sobre un punto del discurso presidencial, que, en particular, queremos detener nuestro énfasis.

A veces, más que lo que el orador ha dicho en una ocasión, es digno de destaque lo que calla. Hay algo de esto a propósito del discurso del Presidente Sanguinetti. Nada en él afirma, ni explícita ni implícita-

mente, que la democracia sea un sistema preordenado por fuerzas benévolas sobrenaturales, con independencia de tiempo y de lugar, de la cultura de los pueblos y de la virtud de los dirigentes.

Esa concepción, explícita o implícita en gran parte de la retórica política de tantos países, estuvo felizmente ausente del mensaje presidencial.

En lugar de ello, la idea de la democracia y la libertad como un edificio a erigir constituye el esfrato más profundo de la alocución del Dr. Sanguinetti.

En los cimientos de ese edificio se sitúa un ideal consustancial con el ser nacional. No somos demócratas porque hayamos formulado un balance de costo y beneficio, del que haya resultado un juicio favorable al sistema; tampoco porque, según la **boutade** churchilliana él se nos representa como el menos malo de todos los sistemas; somos demócratas porque nos resistimos a concebirnos gobernados de otra manera; porque un destino de libertad política y de dignidad individual se halla constitutivamente incorporado a nuestra personalidad como país; porque de allí parte todo; porque el fundamento de todo, los cimientos que dan soporte a la estructura, allí están asentados.

El Presidente lo dijo valiéndose de un concepto de José Ortega y Gasset, el concepto de **verdades de destino**. Las verdades de razón llegan a conquistar su derecho a existir en la arena dialéctica, y nunca gozan de garantía absoluta contra el eventual asedio por principios rivales. Las verdades de destino, por contraste, no se discuten, se asumen, se sitúan antes de lo que está sujeto a legítima controversia. La democracia, sostuvo el Dr. Sanguinetti, es una verdad de destino para los uruguayos. Nacimos abrazados a esa verdad, y nada logrará desasirnos de ella.

Nosotros agradecemos al Presidente Sanguinetti el haber citado a Ortega y Gasset en su mensaje

inaugural. Fue como poner su gestión bajo la advocación de la razón histórica. Fue como una advertencia a la nación sobre los estragos que el racionalismo puede causar a un país que se le entrega. Siempre, se sobreentiende, en el sentido orteguiano, en el cual el racionalismo se tipifica por el recurso a la razón matemática, al logos "mora geométrico", para la solución de las cuestiones sociales.

Los uruguayos somos demócratas, estrechamos a la libertad en esa suerte indisoluble de abrazo, porque somos occidentales. Sí, uruguayos; sí, sudamericanos; con profunda vocación latinoamericana; pero en el fondo, por debajo de todo, en los cimientos, occidentales. Orgullosos de pertenecer, por más que en las comarcas fronterizas, a esa herencia judeo-cristiano-helénica, que terminó dándole al mundo nada menos que la primera civilización purgada del estigma de la esclavitud, el primer sistema estable de autogobierno, y —maravilla de las maravillas— el poder del gobierno sometido a la majestad de la ley, el estado de derecho.

Nosotros agradecemos al Presidente que no haya buscado en la razón abstracta de los géometras el terreno de sustentación de nuestro régimen político, sino que haya hurgado en las profundidades de nuestras raíces históricas en busca del suelo firme en que apoyar la construcción en que como país debemos ocuparnos, en la coyuntura histórica que se abre ante nuestros pies.

En definitiva, le agradecemos la clase de discurso que dijo. En particular, la parte que no fue dirigida al gran público. No, sin lugar a la menor duda, por elitismo. Sí por sinceridad, sí como resultado de una reflexión personal y profunda que el mensaje inequívocamente transparenta.

Obras son amores, es cierto, pero el día de la asunción del mando el Presidente no puede hacer otra cosa que hablar. Y el Dr. Sanguinetti lo hizo inmejorablemente.